

REPENSANDO LA FRONTERA SUR MEXICANA

Andrés Fábregas Puig

UNIVERSIDAD INTERCULTURAL DE CHIAPAS

En 1983, fecha en que inicié el estudio antropológico de la frontera sur mexicana, en los departamentos y escuelas de antropología del país no se discutía ni reflexionaba acerca del concepto de frontera. No existía en ninguno de los planes de estudio en operación por aquellos años, curso alguno que abriera para los estudiantes el horizonte de la discusión sobre el papel de la frontera en la configuración de los estados nacionales, la dinámica de las sociedades fronterizas y el tipo de situaciones culturales asociadas a esos procesos que importa analizar desde el punto de vista de un antropólogo. Incluso, en la sociedad mexicana la palabra frontera remitía al Norte, a los límites entre México y los Estados Unidos. No existía en la imaginación de los mexicanos una frontera sur. Pero tampoco en la imaginación de los académicos de cualquier disciplina, con algunas excepciones que confirmaban la regla, sobre todo los estudiosos de las relaciones internacionales. En la investigación histórica, Jan de Vos había contribuido con su análisis de la conquista de la selva Lacandona, en su libro *La Paz de Dios y del Rey* (1980). Pero en general, la frontera sur como tal, estaba ausente en las preocupaciones de los proyectos de investigación en ciencias sociales en el país.

Mi iniciación en el análisis de las situaciones de frontera ocurrió en las discusiones con Ángel Palerm allá por 1970. El fundador de la Escuela de Graduados en la Universidad Iberoamericana, descubrió para mi fortuna a Owen Lattimore, historiador a quien posteriormente leí con mayor atención durante mis años de estudiante de doctorado en el Departamento de Antropología de la Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook, Long Island. El libro de Owen Lattimore, *Fronteras Internas de Asia en China* (1989), me llamó la atención hacia la importancia de revisar las relaciones entre estados nacionales y poblaciones campesinas para comprender procesos complejos en la formación de regiones y de los propios Estados. Más aún, hacia aquellos años iniciales de la década de los años 1970, se discutía con intensidad el esquema propuesto por Karl Wittfogel para explicar la naturaleza del Estado en el Oriente. Es ampliamente conocido su libro *El Despotismo Oriental* (1957) en el que plantea una suerte de teoría de la sociedad hidráulica, atribuyendo el despotismo de los Estados en Oriente, a la relación entre la exigencia de construir obras hidráulicas para el control de las grandes avenidas de los ríos y la necesidad de movilizar a considerables contingentes de trabajadores para lograr esos propósitos. El concepto de Despotismo Oriental lo obtuvo Wittfogel de algunos textos de Carlos Marx referentes a la caracterización de las co-

comunidades campesinas en la India y en China y a las relaciones de estas comunidades con el Estado. En especial, un texto de Marx titulado “El Gobierno Inglés en la India”, publicado en el periódico norteamericano *The New York Daily Tribune*. La importancia del planteamiento de Owen Lattimore con relación a esta noción de despotismo totalitario, es su demostración de que las poblaciones campesinas de frontera escapaban a los férreos controles estatales a cambio de servir como barreras eficaces ante los invasores. Estas poblaciones, ejemplificadas en el caso de China, lograron elaborar sociedades con diferencias notables respecto a los núcleos de población controlados por el Estado en las áreas centrales. He aquí un caso en el que la situación de periferia, asociada a la de frontera, capacita a la población campesina a mantener una relación de autonomía ante el Estado. Ese es el punto importante. Tuve oportunidad de discutir estos aspectos con Pedro Armillas y con Phil Weigand durante mi estancia en Stony Brook (Fábregas, 2005). En la discusión con Palerm en la Ciudad de México, llegamos a identificar una región, Los Altos de Jalisco, en la que aparecen rasgos culturales asociados al Estado Nacional Mexicano pero en un contexto de rechazo a su intervención por parte de esa población ranchera. Mi examen de la formación histórica de esa región me descubrió la importancia de la frontera de la expansión castellana hacia el Norte, en el siglo XVI, para explicar la forja de la sociedad ranchera y su actitud y situación frente al Estado. Incluso, me capacitó para explicar la guerra cristera de 1926-1929 como una consecuencia de esa historia. Además, el análisis de la formación regional de Los Altos de Jalisco permitió detallar los orígenes de la pequeña propiedad rural, en un momento en que se discutía en México la historia de los grandes latifundios, al tenor del conocido libro de Francois Chevalier (Chevalier, 1975; Fábregas, 1986).

En el caso de la frontera sur de México, las diferencias con aquella frontera histórica situada en el actual centro-occidente del país, entre rancheros y nómadas (los grupos chichimecas), son importantes. En primer lugar, la forja de la frontera sur se inicia en el siglo XIX, con la emergencia del Estado Nacional Mexicano y su proceso de expansión territorial. Una parte de ese proceso es la fragmentación de Centroamérica y la aparición de Estados Nacionales que establecieron fronteras entre sí. En los casos de Belice y Guatemala, además de la conflictiva frontera entre ambos, cada Estado Nacional estableció sus fronteras con México. En ambos casos, los procesos son distintos dentro de sus afinidades. En el caso de Guatemala, la decisión de Chiapas de federarse a México fue el hecho definitivo que consolidó la frontera. Con la consolidación de la federación, la frontera entre rancheros y nómadas pasó a ser interna, y un momento en la historia, forjadora del Estado nacional mexicano. La misma consolidación de la federación tuvo consecuencias diferentes en el sur de México. Aquí se establecieron fronteras internacionales que perduran. Además, en el caso de la frontera histórica en-

tre rancheros y chichimecas, las diferencias culturales estaban a la vista. En el caso de las fronteras internacionales entre México y Centroamérica, la línea de demarcación atravesó a poblaciones culturalmente afines. Es más, esa afinidad cultural no se diluyó en el período colonial sino que se acentuó. Así que en el primer caso, se trata de un Estado Nacional, el Español, expandiendo su territorio colonial. En el segundo caso, se trata de un Estado Nacional, resultado del colapso de ese mismo orden colonial, estableciendo sus fronteras internacionales con Estados Nacionales resultantes del mismo colapso. Al configurarse la federación, Chiapas, constituido en un Estado, aceptó la federación con el Estado nacional mexicano a través de una votación. En el caso de Tabasco y Campeche, las fronteras con Guatemala son parte del proceso de formación del Estado Nacional Mexicano, pero que no pasaron por una consulta a la población, sino que se incorporaron como parte de los procesos internos que consolidaron a la Federación. Y en el caso de Quintana Roo, su reciente transformación en un estado federado a la República Mexicana consolidó la frontera con Belice, país de reciente formación como tal después de un prolongado período colonial bajo el dominio inglés.

La frontera sur de México empezó a hacerse presente en el escenario nacional debido a tres factores:

- 1.- Las guerras en Centroamérica, que en la década de los años 1980 crecieron en intensidad. México recibió en los estados del sureste, sobre todo en Chiapas, un gran contingente de desplazados de esas guerras. Era una inmigración nueva para México: campesinos e indígenas que cruzaban los ríos en búsqueda de refugio. México se había distinguido por la recepción de inmigraciones masivas como la de los Republicanos Españoles o los perseguidos políticos de América del Sur, con predominancia de profesionales, intelectuales o académicos de diversa especialización. Ahora, en el caso de los desplazados centroamericanos, un río campesino se instalaba en Chiapas, Quintana Roo, Campeche y Tabasco, justo los estados de la frontera sur mexicana, buscando rehacer sus vidas.
- 2.- El descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo, sobre todo frente a las costas de Campeche en donde el pozo Cantarel y su riqueza hicieron exclamar al presidente José López Portillo que “hay que administrar la abundancia”. A partir de ese momento, los Estados de la frontera sur mexicana aparecieron como las fuentes de energía más importantes para el país. Además de los pozos petroleros, las hidroeléctricas en Chiapas —cuyas construcciones empezaron en los años 1970— generaban el fluido indispensable para mover la industria en varios estados de la federación además de alumbrar a la Ciudad de México;

- 3.- La puesta en marcha de un proyecto para establecer centros turísticos para competir con El Caribe. El más famoso y de mayor éxito de esos centros turísticos es Cancún, situado en el estado de Quintana Roo, fronterizo con Belice y Guatemala. La conversión de una minúscula isla habitada por familias de pescadores, en uno de los centros turísticos más solicitados de El Caribe, trajo como consecuencia que el país admitiera la frontera con ese *mare nostrum* en el que se localizan territorios insulares signados por la variedad idiomática y cultural, además de las diversas situaciones políticas. (Fábregas, *et. al.*, 1985).

A 26 años de aquel proyecto pionero de análisis antropológico de la frontera sur mexicana, ésta presenta cambios importantes, pero los factores que la hacen presente en la vida del país continúan siendo, en gran medida, de la misma naturaleza. Es decir, factores externos que tienen que ver con las condiciones sociopolíticas y las relaciones con Centroamérica. En ese sentido, destacan las migraciones que procedentes de los países del territorio centroamericano, y en menor medida de otras partes del planeta, pasan sobre todo por el estado de Chiapas que, además, se ha convertido en los últimos 20 años en expulsor de población. Estos flujos migratorios le otorgan a la frontera sur mexicana una dinámica muy particular, desde los hechos de violencia dantesca asociados a los ataques que sufren los inmigrantes por parte de pandillas organizadas, hasta las escenas difíciles de creer que se sucedían en el tren de carga que, partiendo de Tapachula, iba cargado de inmigrantes que así iniciaban un viaje hacia el infierno. El huracán Stan que devastó las costas chiapanecas en el año de 2005, destruyó las vías del llamado “tren de la muerte” que no ha reiniciado sus aterradores viajes. Ahora, el peligro acecha a los inmigrantes en la frontera de Tabasco y Guatemala, en la que operan los cárteles traficantes de humanos, quienes secuestran a los que van de paso, exigiendo rescates para permitirles continuar su camino. Hace 26 años, la frontera sur mexicana era un territorio de paso cotidiano de guatemaltecos hacia México que entraban a comprar y vender y regresaban por las mismas vías: las peculiares embarcaciones hechas con neumáticos. Incluso, los grupos que controlaban el paso, chiapanecos y guatemaltecos, se dividían los días de la semana para cobrar y pasar a esta población de un lado a otro. Los lunes, miércoles y viernes, les correspondía a los chiapanecos recibir los dividendos de los “pasajes” en los neumáticos, mientras que martes, jueves y sábado era el turno de los guatemaltecos. Los domingos eran turnados entre ambos grupos.

Otra presencia antigua de población trashumante guatemalteca en Chiapas, justo en los municipios de la frontera, eran los cortadores de café que en números superiores a los 100 mil trabajadores se desparramaban por las fincas cafetaleras desde los días finales del mes de octubre hasta el mes de febrero. Se estableció una “economía sim-

biótica” que enlazaba los ciclos agrícolas del maíz de los cultivadores guatemaltecos con los ciclos del trabajo en los cafetales. En la actualidad, aunque continúa el paso de trabajadores guatemaltecos, estos han disminuido y ha cambiado la tenencia de los cafetales. Lo que aumentó son los contingentes que cruzan la frontera sur mexicana dirigiéndose hacia el mítico norte, los Estados Unidos, en donde pretenden encontrar la prosperidad y la salvación de sus vidas. Algunos contingentes se quedan en Chiapas, por ejemplo, los hondureños que conforman una colonia con presencia cada vez mayor en la ciudad de Tapachula y se extienden a otras ciudades de la costa chiapaneca como Huixtla o Tonalá. Así que los procesos que enlazan a Centroamérica con México siguen contando como un factor que remarca la frontera sur. Además, cada vez con mayor frecuencia y en mayor número, los contingentes de indígenas chiapanecos, quintanarroenses o campechanos emigran hacia el norte de México y hacia los Estados Unidos, convirtiendo a los territorios de los estados de la frontera sur en lugares de paso, de residencia y de expulsión. Más aún, en las actuales circunstancias, la frontera sur mexicana es el inicio de la frontera norte, el lugar en donde empieza el largo camino, plagado de peligros, de los caminantes que buscan atravesar el río Bravo e instalarse en territorio norteamericano o bien, establecerse en algunos de los estados del centro-occidente o del norte de México. Los ríos, el Usumacinta y el Bravo, se constituyen así en barreras líquidas que los inmigrantes deben remontar. Lo que en el sur de México y norte de Guatemala y Belice eran lugares de convergencia, de intercambio y de relaciones sociales y culturales intensas, han pasado a ser lugares de control del paso de la población, remarcándose los límites políticos entre los estados nacionales. El tan publicitado Plan Puebla-Panamá no ha pasado de ser más que un proyecto fallido, multicitricado aún antes de su puesta en marcha. El Estado Nacional Mexicano nunca se tomó en serio el potencial de un proyecto de articulación con los países de Centroamérica y aún está lejos de hacerlo. Las relaciones con los países de El Caribe son también inciertas, esporádicas y no resultado de un proyecto de política internacional diseñado para alentar el desarrollo. Lo cierto es que, es el paso de grandes contingentes de población centroamericana, lo que constituye el factor más importante para entender la actual situación de la frontera sur mexicana, porque de ese hecho se derivan los sucesos que acontecen en ella, además de las decisiones tomadas por el gobierno mexicano.

Hace 26 años, el petróleo fue ampliamente celebrado como el motor de la economía mexicana y justo los grandes yacimientos se localizaron en los estados del sureste. Pero no sólo ese factor contó para que la presencia de la frontera sur se hiciera más clara en el escenario nacional mexicano. En la década de los años 1970, en Chiapas se inicia la construcción de grandes hidroeléctricas que han significado uno de los factores del cambio social y cultural no sólo en el propio estado de Chiapas, sino en

el sur-sureste de México. De esas grandes hidroeléctricas se proveyó la energía para alumbrar a la Ciudad de México o mover las plantas industriales de otros estados mexicanos. Hoy en día, el estado de Chiapas, que provee el 22% de la energía eléctrica producida por hidroeléctricas, mantiene aun partes de su territorio sin electrificar y permanece como el estado mexicano de mayor población rural. Son los resultados de vivir en una federación de estados centralizada, que a lo largo de la historia que ha forjado al Estado Nacional, concibió a Chiapas como un lugar de reserva, cuyos recursos debían destinarse al desarrollo nacional pero no al local. Es posible que en el armado de esa actitud, pese el hecho de que en Chiapas existe una significativa población indígena, sobre la que se han tejido los más variados prejuicios además de los resultados de la Revolución Mexicana en su choque con los hacendados chiapanecos. El régimen de la Revolución se vio precisado a negociar con las estructuras locales de poder, lo que significó que varias de las reformas introducidas por el movimiento de 1910 llegarán más tarde a Chiapas que a otros estados de la República.

Cancún, y ahora la llamada Riviera Maya, se han erigido como los centros turísticos de más éxito en el país. De maya, la rívera sólo tiene el nombre. Las primeras consecuencias de este auge del turismo, se localizaron precisamente en el desplazamiento de los mayas de sus territorios y el avance de las zonas hoteleras sobre las milpas. Cancún y el turismo en general, reordenaron la distribución regional de la población de la Península de Yucatán, convirtiendo a las zonas hoteleras en los grandes centros de atracción para el empleo. La disparidad en el desarrollo regional se agudizó en la Península de Yucatán en donde los contrastes saltan a la vista entre las zonas rurales y las zonas hoteleras. La frontera sur mexicana, en límite con Belice, dejó de ser una zona franca y con ello, causó un grave problema a la ciudad de Chetumal y sus alrededores, que ha tenido que procurar el desarrollo convirtiéndose paulatinamente en una ciudad universitaria, uniendo a ello su carácter de ciudad capital del estado de Quintana Roo que, en consecuencia, aloja los servicios burocráticos que la población está obligada a usar. El Río Hondo se ha remarcado como frontera política y su paso está cada vez más controlado. Con todo, los flujos de población que atraviesan esa frontera para buscar los Estados Unidos lejos de disminuir, va en aumento.

El turismo ha alterado la convivencia local y habría que hacer un examen cuidadoso para determinar si ha sido factor de desarrollo en la región o si ha resultado en elemento clave para entender la profundización de la desigualdad social y la destrucción del medio ambiente. En todo caso, la migración y el turismo son factores que atraviesan a los estados de la frontera sur, colocándose como ejes de los planes de desarrollo gubernamental y como elementos destacados de los procesos nuevos que están reconfigurando la frontera sur mexicana. Las redes carreteras que se extienden por

los territorios peninsulares no responden a un criterio de mejorar la comunicación entre los pobladores, sino de apoyar el desarrollo de los centros turísticos, creando claros enclaves que profundizan la disparidad del desarrollo regional y aún, provocan la emergencia de nuevas zonas de marginación, como las que existen alrededor de Cancún o Playa del Carmen. La devastación de las selvas es parte de este proceso que parece buscar convertir a la Península de Yucatán en un territorio de plástico. Los severos daños provocados a las áreas de vegetación son incluso observados desde las carreteras, como es el caso de la que une a Escárcega en Campeche, con José María Morelos en Quintana Roo. Incluso, aquella ciudad campechana que hace 26 años era simplemente una estación de ferrocarril con un desvencijado hotel y cuatro talleres mecánicos, es en la actualidad un centro urbano que ofrece una notable variedad de servicios turísticos aprovechando las ciudades arqueológicas situadas en los alrededores. La ciudad de Escárcega es otro centro de atracción y de concentración de población, provocando desplazamientos internos de los habitantes de la Península. Es decir, el turismo sigue actuando como un factor en la distribución de la población en la Península de Yucatán además de su papel destacado en la urbanización y la desaparición o transformación de las rancherías o los pequeños poblados, además de provocar el cambio de los campesinos mayas a población marginal urbana.

En términos latinoamericanos, o en términos de nuestra América, la frontera sur mexicana aún mantiene un potencial de convergencias notable. Sólo que el factor clave de esas convergencias, la cultura, no es atractiva para el nuevo liberalismo que piensa sólo en términos mercantiles. Habría que tomar en cuenta para la reflexión que tanto en los estados mexicanos de la frontera sur como en los Estados Nacionales Centroamericanos fronterizos con México, existen pueblos que comparten un común origen desde tiempos previos al establecimiento del régimen colonial en el siglo XVI. El antiguo territorio que abarcaron los pueblos mayas midió 350 mil kilómetros cuadrados y hoy corresponde a porciones territoriales de los estados mexicanos de Campeche, Chiapas, Tabasco, Quintana Roo y Yucatán, y de los Estados Nacionales de Belice, Guatemala y Honduras. Sabemos, gracias a los trabajos de los arqueólogos, historiadores y etnohistoriadores, que las relaciones entre los diferentes pueblos mayas fueron intensas e incluyeron no sólo los intercambios comerciales sino también las alianzas de parentesco usadas como mecanismos políticos, además de las convergencias culturales como el idioma o las concepciones del mundo. Por ejemplo, sabemos que mujeres de Palenque, Chiapas, se casaban con hombres de Copán, situada en la actual Honduras. Las relaciones entre Tikal y Yaxchilán son cada día mejor comprendidas. El idioma que hablan los lacandones de Chiapas es el maya hablado en la selva del Petén guatemalteco. Las fronteras funcionaban de otra forma en esa época y los ríos eran factor de

articulación, a través del intenso paso humano sobre sus aguas. Todavía hace 26 años, se podía observar la intensidad de los movimientos poblacionales a través de los ríos, no sólo de la población guatemalteca y chiapaneca, sino al interior de los mismos estados del sur mexicano. Por ejemplo, aún persisten los recuerdos en pequeñas ciudades del norte de Chiapas, como Salto de Agua, de la llegada de las barcas cargadas de cerdos procedentes de Campeche. O en Tabasco, el intercambio comercial y social vía las aguas del Usumacinta y del Grijalva, es rememorado por la población como sucedido en tiempos no muy lejanos. Son movimientos que cuando los entendamos mejor, tendremos más elementos para elaborar una visión prospectiva de la frontera sur mexicana. Esa intensa vida hecha sobre el caudal de los ríos ha sido paulatinamente desplazada por las carreteras, cuyos trazos han delimitado nuevos territorios de intercambio comercial y nuevos caminos por los que se mueve la población. Así, por ejemplo, los cerdos consumidos en Chiapas llegan desde Mérida, por carretera. La ciudad de Comitán en Chiapas, es actualmente un centro articulador de una vasta región, que en muchos sentidos es nueva, y que abarca territorio mexicano y guatemalteco.

No sólo fue el Orbe Indiano el que le dio unidad a la actual frontera sur mexicana, sino también el régimen colonial. En efecto, la Capitanía General de Guatemala pasó a ser una unidad administrativa que incluyó, en tiempos, al actual estado de Chiapas. Este osciló entre frontera norte de la Capitanía y frontera sur de la Nueva España. Los vínculos entre las poblaciones a ambos lados del río fueron intensos, conformándose un círculo cultural que incluyó a los pueblos originales y a la sociedad criolla emergida de la Colonia. Intelectuales como Fray Matías de Córdova ejemplifican esa vinculación y una tradición de uso de la palabra y la creación literaria que forjaron ámbitos culturales comunes. En el siglo XIX se definieron los estados nacionales y Chiapas, por propia decisión, se incorporó al Estado Nacional Mexicano, pero conservó —no podría ser de otra manera— su mundo cultural enlazado a Centroamérica. Ese es un factor de importancia para entender la frontera sur de México y no sólo por el caso de Chiapas. En efecto, la frontera entre Quintana Roo y Belice, atravesada por el Río Hondo, ha sido un punto de convergencia e intercambio desde los días anteriores a la Colonia. En la actualidad, es importante la población maya que vive en Belice y que es parte de los pueblos mayas que habitan en la Península de Yucatán y viceversa, los pueblos Mayas yucatecos son parte del de Belice. Pero no es solo el factor Maya. También la población mestiza de origen mexicano es significativa en Belice, como lo demuestra la existencia de una literatura en lengua castellana. En congruencia, las relaciones entre la población quintanarroense y la beliceña han sido, a lo largo del tiempo, de naturaleza múltiple, desde el establecimiento de lazos familiares hasta las relaciones de tipo comercial o laboral. El Río Hondo ha sido punto de convergencia entre

ambas poblaciones, como lo ha sido el Usumacinta en el caso de Chiapas y Guatemala. Aún desconocemos en detalle el papel jugado por los ríos en la articulación cultural del territorio que es actualmente el sureste de México. Pero los indicios documentales o arqueológicos, la propia etnografía, señalan la importancia de los grandes ríos como arterias de comunicación y enlace civilizatorio. Sobre las aguas de esos ríos navegaron los comerciantes, los intelectuales o los guerreros del pasado, contribuyendo a la articulación de los pueblos que en la actualidad están distribuidos de uno y otro lado de las fronteras entre México y Belice y entre México y Guatemala.

Los anteriores entrelaces fueron confirmados en la década de 1990, más concretamente, entre 1991 y 1994, con la celebración de los encuentros de intelectuales Chiapas-Guatemala, que en tres versiones, logró reunir a más de 200 participantes, centroamericanos y mexicanos. Allí, en ese breve lapso, se estableció la posibilidad, actualmente incompleta, de crear una interrelación cultural que convertiría a estos territorios en una zona de enlace cultural de nuestra América con un potencial notable para la fraternidad y el intercambio entre nuestros pueblos. También, para el establecimiento de una región cultural compartida que produciría resultados notables en las ciencias sociales, la literatura, el arte, la música, la educación superior y el bienestar. Es uno de los potenciales más importantes de la frontera sur mexicana y de los Estados Nacionales de Centroamérica, descuidado por los actuales gobiernos de uno y otro lado. Hablamos, además, de una convergencia no sólo de la población mestiza sino de la de los pueblos originales y su vinculación en un ámbito cultural que promovería la relación intercultural como en pocas regiones del mundo existe. Ese potencial está allí. Es más, el ciclo religioso de peregrinaciones a los grandes santuarios del sureste mexicano y de Centroamérica, son aún actuales en relacionar a los diferentes grupos humanos que habitan esas latitudes y señalan hacia relaciones muy antiguas, que vienen desde tiempos pre coloniales y han subsistido hasta nuestra época. Centros religiosos como el de los Cristos Negros no solo en Esquipulas, Guatemala, sino en Tila, Chiapas, siguen atrayendo multitudes al igual que la Virgen de Izamal en Yucatán. Los zoques de las montañas de Pantepec en Chiapas, peregrinan hasta Guatemala en un amplio circuito que toca los estados de Tabasco y Yucatán. Es uno de los aspectos, el de las peregrinaciones en la frontera sur mexicana, que espera un trabajo de análisis y la elaboración de una etnografía no sólo de sus rutas sino de su organización interna.

Al repensar la frontera sur mexicana deben incluirse en forma prioritaria a las relaciones con los Estados Nacionales de Centroamérica y establecer programas comunes para el desarrollo y el bienestar. La única solución posible a la violencia imperante o a los movimientos de la población que abandona sus territorios ancestrales, es poniendo en marcha un proyecto común multinacional para el bienestar y no sólo la creación

de tratos comerciales que obvian las condiciones de vida de la población. Mientras lo que señalo no sea una realidad, la frontera sur mexicana seguirá siendo un territorio de convergencias frustradas y desarrollos mal adaptantes desde el punto de vista de la ecología cultural, que continuarán destruyendo el medio ambiente y desperdiciando las riquezas tanto naturales como culturales que posee la población. En efecto, al repensarse la frontera sur mexicana deben señalarse los efectos graves sobre el medio ambiente que acciones sin planeación están ocasionando. La destrucción del medio ambiente lleva implícita la desarticulación de ecologías culturales que son la base de la identidad de cientos de pueblos.

La frontera sur de México, los territorios estatales que la conforman, contienen la mayor concentración de población de los pueblos originales que existen en la República Mexicana. Ello es un potencial de gran importancia para afinar los modelos de desarrollo locales, con el ingrediente de la sabiduría ancestral de los pueblos originales que se distribuyen de uno y otro lado de la frontera internacional. Lo que ello significa para proyectar planes de desarrollo efectivos es de primera importancia. Sin el concurso de los pueblos originales, cualquier programa o plan de desarrollo pensado para los estados de la frontera sur mexicana y los Estados Nacionales de Centroamérica está condenado al fracaso. No es desarticulando las ecologías culturales locales como se logrará establecer el bienestar. Es urgente que los gobiernos de uno y otro lado de la frontera, se esfuercen por comprender la importancia del factor cultural como un elemento a valorarse, a tomarse en cuenta, en el diseño de los planes de desarrollo o en la puesta en marcha de políticas públicas. La pluralidad cultural es la fortaleza de los pueblos de la frontera sur mexicana y en ella debe fincarse la planeación del bienestar. Es el aspecto anterior uno de los más complejos factores que operan en las articulaciones de los conglomerados humanos del sureste mexicano y de los países Centroamericanos y Caribeños. En ese sentido, uno de los aspectos más destacados para repensar la actualidad de la frontera sur de México, es el lingüístico. La dinámica de las lenguas es una de las características que potencia la articulación cultural de la población en su conjunto. No es sólo el castellano, el idioma en que se produce una literatura de identificación, sino las propias lenguas originales las que posibilitan una articulación más dinámica. Cada vez con mayor celeridad, se han consolidado los intelectuales que tienen como lengua materna alguno de los idiomas originales en un territorio de variedad lingüística notable. Esa articulación tendría que alentarse como una política pública consciente, encaminada a valorar, enriquecer y consolidar los mundos del habla, que son sistemas de pensamiento, y proyectar la cuestión lingüística hacia los fines del bienestar. Son escasas las fronteras entre Estados Nacionales que presentan una variedad lingual como la de la frontera sur mexicana con Centroamérica y El Caribe. En

este último caso, el castellano ha logrado la articulación de población mexicana con la insular caribeña, como en su momento lo hicieron, y lo hacen, los garifunas asentados en la Costa Atlántica o los núcleos de población de habla inglesa en otros países como Guatemala, Nicaragua o Belice. En este último caso, las relaciones con el estado de Quintana Roo históricamente han sido frecuentes, intensas, continuas, no sólo entre los pueblos mayas, sino entre los conglomerados humanos surgidos del mestizaje o los amplios grupos de habla castellana. Son situaciones que deben estar presentes en una caracterización actual de la frontera sur mexicana. Incluso, varias de las características que adopta la migración se entienden mejor en el telón de fondo de la afinidad o la diversidad cultural y lingüística. Los sistemas de pensamiento que las lenguas expresan deben ser articulados con políticas públicas dirigidas a aprovechar la variedad lingüística para mejorar la educación en todos sus niveles y alentar el surgimiento y consolidación de una comunidad literaria como pocas existen en el planeta.

Los ámbitos internacionales de la globalización son una realidad. Pero también en ellos está la impronta del colonialismo, lo que, desde el punto de vista de nuestra América, sería peligrosamente ingenuo ignorar. Más cuando hablamos de fronteras como la establecida entre México y Centroamérica, y entre México y El Caribe, que están tan ligadas a la órbita de los Estados Unidos, país que, ya lo sabemos de sobra, sólo vela por sus intereses. Al repensar la frontera sur de México, debe analizarse cuidadosamente ese factor para elaborar planes que estén enraizados en los deseos y necesidades de las poblaciones concretas y no en los intereses de la “globalización”. Convendría revisar con esmero la teoría de la dependencia y no sólo aplicarla en lo que de vigencia tenga, sino aprender con ella a elaborar teorías acordes con las realidades de Nuestra América, para crear una Ciencia Social que tenga mucho que decir sobre los mundos reales de estas tierras nuestras. Es decir, hacer frente a los graves problemas que están actuando sobre la población en la frontera sur, requiere de una Ciencia Social hecha desde los mismos pueblos y junto a ellos y con ellos. Los factores de los cambiantes escenarios políticos al sur de México, cruzando los ríos, son influyentes en la frontera sur mexicana. No sólo por los flujos migratorios que han terminado por unir a ellos a la población local mexicana, sino por otros factores que tensan o distienden la vida fronteriza. Es indudable que los períodos de conflicto bélico, varios, provocados por la intervención norteamericana —como los recordados casos de los presidentes Juan José Arévalo y Jacobo Arbens de Guatemala— han repercutido directamente en México, no sólo por el cruce de población en la frontera, sino por el clima tenso que provocan. Son factores como los señalados, los que indican la pertinencia de elaborar planes conjuntos entre los estados nacionales de Centroamérica y el Estado Nacional Mexicano, para la población fronteriza, porque sólo mejores ni-

veles de vida aportarán soluciones perdurables a esta compleja problemática a la que hoy se agrega el creciente problema del tráfico de drogas y de personas. Sobre ello, se ha insistido sin resultados. El Plan Puebla-Panamá fue diseñado a espaldas de los pueblos y en ello estribó su fracaso. Los planes de desarrollo para la frontera, han sido inexistentes en el sur de México y con ello se ha echado por la borda a un potencial de articulación de la población que, bien mirado, sería capaz de detonar el bienestar.

La población de la frontera sur es demográficamente muy dinámica, en particular, si contemplamos los últimos diez años. Este crecimiento de la población ha influido en el avance de la urbanización y la articulación de las poblaciones fronterizas a través de los servicios que las ciudades en expansión van ofreciendo. Pero aún, esos procesos están separados de las políticas públicas. Un caso ilustrativo es la creciente importancia de la articulación comercial entre las ciudades de Comitán, Chiapas y La Mesilla, Guatemala. El crecimiento de ambas es notable como también lo es la intensidad del intercambio comercial. Casi “de la noche a la mañana” se han instalado en la ciudad de Comitán los grandes centros transnacionales que acaparan los movimientos comerciales en el planeta. Una parte significativa de la población consumidora proviene de Guatemala y con ello se ha detonado también el crecimiento de La Mesilla, que de ser un lugar de paso, se ha convertido en una ciudad mercantil. El crecimiento sin planeación de La Mesilla es notorio con sólo recorrer la ciudad. Su patrón de asentamiento se extiende por una superficie que aumenta día a día atrayendo a más y más comerciantes. En el lado mexicano, la ciudad de Comitán ofrece servicios que, por ejemplo, no existen en la ciudad de San Cristóbal, como los hospitales o los grandes centros comerciales. El flujo urbano se extiende por la carretera que desemboca en La Mesilla, cuyo trazo alcanza, el límite fronterizo entre los dos países. Es posible afirmar que, Comitán y La Mesilla son ciudades paralelas, que tienden rápidamente a conformar un solo conglomerado urbano dividido por la frontera internacional. Dicha dinámica acercará más a México a la ciudad de Quetzaltenango, la mítica Xelajú, proveyendo a la frontera sur con nuevas dinámicas y nuevos factores de complejidad. Téngase en cuenta la rivalidad histórica entre Quetzaltenango y la ciudad de Guatemala. En esta parte de la frontera sur, emerge un polo de crecimiento que no se había hecho notar. La frontera sur con Guatemala se pensaba a través de Tapachula o Ciudad Hidalgo, por diferentes factores, entre otros, el cruce de campesinos para intervenir en la cosecha del café. En el caso de Comitán y La Mesilla, es el comercio el que mueve la articulación de la población con una intensidad que no se preveía hace solo diez años. La mutua influencia entre ambas ciudades conforma un proceso de redefinición de la frontera sur mexicana, en la que aparecen dinámicas que antes caracterizaban, por ejemplo, la frontera entre Quintana Roo y Belice. Esos cambiantes polos económicos tienen que ver con procesos internos

de los estados de la frontera sur y de los países de Centroamérica. Los movimientos poblacionales, de concentración, dispersión y reconcentración, son puntos nodales para comprender estas configuraciones actuales. Así, la carretera entre San Cristóbal y Tuxtla Gutiérrez, que acortó significativamente el tiempo del trayecto, atrajo también a la ciudad de Comitán, conectada con mayor rapidez a la capital chiapaneca. El hecho de que la ciudad comiteca crezca a un ritmo tan acelerado se debe a la inclusión de La Mesilla y su región dentro de su radio de influencia comercial y al intercambio directo con Tuxtla Gutiérrez, el mayor mercado chiapaneco.

Hace 20 años se fundó el *Anuario* del Instituto Chiapaneco de Cultura que ahora se continúa en el *Anuario* del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Esa historia está ligada a los diferentes momentos en la investigación social y cultural de la frontera sur mexicana en general y del estado de Chiapas en general. En aquellos comienzos, la comunidad académica radicada en Chiapas en particular, era escasa. En la actualidad, y después de la fundación del CIESAS- Sureste y de la propia Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, que permitió el establecimiento del CESMECA, la investigación en ciencias sociales ha aumentado en cantidad y en calidad. Un momento importante para notarlo fue el año de 1994. Precisamente en el ANUARIO del CESMECA se publicaron los primeros análisis acerca del movimiento zapatista estallado el 1 de enero de aquel año, lo que fue una novedad, dado que en otros tiempos hubieran sido académicos extranjeros y publicaciones foráneas, los primeros en hacerlo. Así mismo, la reflexión académica acerca de los novedosos procesos de migración en Chiapas y en la frontera sur en general, surgió localmente y ello, es otro indicativo de la madurez alcanzada en las ciencias sociales locales. Congratula el que una revista científica como el ANUARIO del CESMECA tenga la continuidad que tiene y que en sus páginas se publiquen trabajos de investigadores locales alternando con quienes no lo son. En cierto sentido, ello forma parte de las transformaciones habidas en los Estados de la frontera sur mexicana y particularmente en Chiapas. ¡Larga vida al ANUARIO del CESMECA!

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. A 22 de enero de 2010.

BIBLIOGRAFÍA

- Chevalier, Francois (1975), *La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*, Traducción del francés de Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Vos, Jan (1988), *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la Selva Lacandona. 1525-1821*, México: Gobierno del Estado de Chiapas, Segunda Edición en el Fondo de Cultura Económica.

- De Vos, Jan (1993), *Las fronteras de la frontera sur*, México: CIESAS/UJAT.
- Fábregas Puig, Andrés, et. al. (1985), *La formación histórica de la frontera sur*, Cuadernos de la Casa Chata, 124, México: CIESAS/CIESAS del Sureste.
- Fábregas Puig, Andrés (1986), *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*, Colección Miguel Othón de Mendizábal, 5, México: CIESAS, 1986.
- Y Carlos Román García (1988), *Frontera sur. Cambio estructural en Chiapas. Avances y perspectivas*, México: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Y Carlos Román García (2005), *Los años estudiantiles. La formación de un antropólogo en México. 1965-1973*, México: El Colegio de San Luís/Universidad de Guadalajara/Universidad Intercultural de Chiapas.
- Lattimore, Owen (1989), *Inner Asian Frontiers of China*, USA: Oxford University Press, (1950).
- Marx, Karl (1968), "The British Rule in India", en *New York Daily Tribune* (publicado originalmente el 25 de junio de 1853), Reproducido en Shlomo Avineri, *Karl Marx on colonialism and modernization*, USA: A Doubleday Anchor Book, pp. 88-96.
- Navarrete, Carlos (2007), *Las rimas del peregrino. Poesía popular en oraciones, alabados y novenas al Cristo de Esquipulas*, México: UNAM/Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- La otra frontera. Política migratoria en Chiapas*, (s/r) (2006), México: Gobierno de Chiapas.
- Villafuerte Solís, Daniel (2001), *Integraciones comerciales en la frontera sur. Chiapas frente al Tratado de Libre Comercio México-Centroamérica*, México: UNAM/Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste
- Wittfogel, Karl A. (1957), *Oriental Despotismo*, USA: Yale University Press.